



H. HIDALGO DE CAVIEDES

ESTE sencillo soniquete o cantinela, que ha quedado como símbolo de aquel ingenuo juego de las prendas—hoy apenas recordado—, hubo un tiempo que ponía emoción y júbilo en las ciudades portuarias. La arribada de un barco que venía de la Habana, o de cualquier otra parte de las Américas, era siempre gran acontecimiento que hacía que las gentes se lanzaran a la calle, hacia el abra de sus puertos, para mejor divisar la llegada de la nave y contemplarla, aún con sus velas desplegadas, acortando cada vez la marcha al echarlas abajo una a una; o viéndola acercarse majestuosa, con su imponente cresta de humo—cuando la máquina de vapor se dió a la mar—, hasta rozar el madero del puerto, bien en

DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO...

las ciudades del Atlántico o bien en las del mar Mediterráneo, y escuchar luego el ruido de carraca gigante que produce la cadena del ancla al caer.

Gran espectáculo éste—de velas y primeros humos marinos—del tiempo de nuestros abuelos, que hoy es tierno y añorante recuerdo, tanto para los ancianos de nuestras ciudades y pueblos del litoral como para aquellos que un día embarcaran en cualquiera de estos lugares, rumbo a otros puertos y a otras tierras, donde la frase cambiaba de ruta y se trocaba en un "de España ha llegado un barco..."

Y es que lo más importante de estas idas y venidas marineras no eran las mercancías que transportaban de un lado a otro

los barcos, sino que éstos llegaban "cargados de..." ilusiones. Y de ilusión llenaban el ambiente de la ciudad de arriba. Y allá, en busca de esta preciosa carga, acudía la ciudad en pleno.

Porque la ilusión prendía por igual en todos los habitantes y los congregaba, sin distinción de clases, en la explanada del puerto. El rechinar del charol y el frufrú de las faldas y polisiones de seda se dejaba oír junto al ruido sordo de las zapatillas y los paños menestrales, porque la ilusión se viste y calza, por igual, de todos los corazones, y sobre todo de aquellos abiertos al mar, donde encuentra más campo para su acción.

Ilusiones de las viejas, que recordaban a aquel marino, contramaestre de un barco de pasajeros, con quien bailaron su primer vals o su primera polca, cuyo recuerdo permaneció a través de los años, porque tal vez fuera la primera ráfaga amorosa de su juventud; ilusión anhelante de las madres, que esperaban noticias del hijo que emigró para las Américas o del marido que marchó a probar fortuna y quizás arraigara allá y llamara a la familia a su lado. Y para los hombres ya maduros, con los huesos muy hechos para aventurarse, también estos barcos venían cargados de ilusiones, de esas ilusiones perdidas que les hacían exclamar: "¡Si yo me hubiera marchado entonces...!"

Pero la mejor carga, la más preciosa carga de ilusiones, traída por el barco de la Habana, es para la juventud: para la novia, que apenas si hace nada que despidió a su amor, agitando su pañuelo hasta que el barco del emigrante se perdía en alta mar, y ya espera verle llegar rico y con un anillo de oro fino para desposarla; para el joven, cuyos ojos se han hecho intensamente verdes de tanto mirar al mar de su aventura, y que esperaba cumplir los dieciocho para tener el permiso de sus padres para lanzarse a descubrir el mundo al otro lado del océano. Carga preciosa de ilusiones la que traían para el niño, que iba preguntando



al padre por cada uno de los detalles de la embarcación y en cada uno de éstos se forjaba un sueño maravilloso.

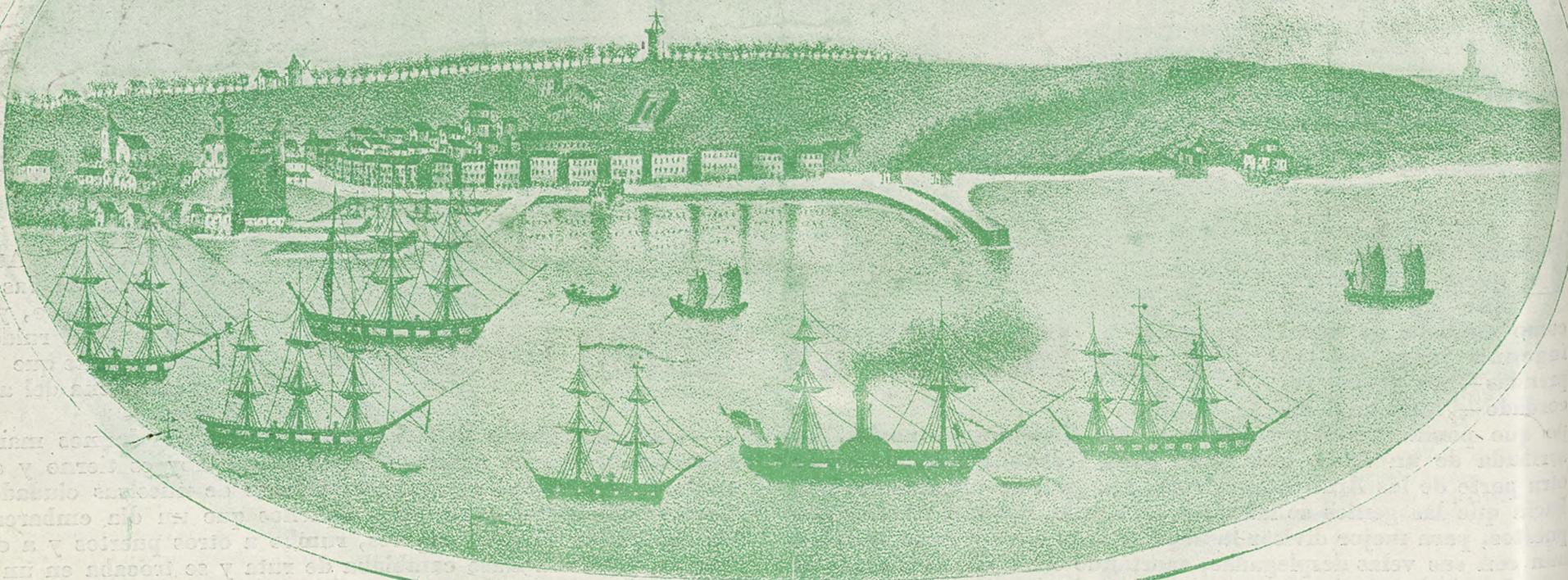
Y, por último, una carga especial de ilusión cumplida: La ilusión [del "raquero", el pequeño golfillo] del puerto, que ya ha decidido emigrar y va a colarse de polizón al primer descuido. Este vive ya su ilusión; la ha vivido mientras preparaba el hato de su ropa, mientras compraba unas escasas provisiones, y la estaba viviendo allí, frente al barco que imaginaba suyo, haciendo pasar por su mente las peripecias que habían de sucederle durante la travesía, y cuáles serían sus palabras cuando fuera descubierto.

Y esto sucedía en Gijón, en Santander, en Bilbao, en Vigo... En cualquier ciudad portuaria, cada vez que sonaba el grito de: "De la Habana ha venido un barco..."

Las ilustraciones que van con estas páginas traen a este tiempo de hoy la vieja estampa nostálgica, con un leve olor a vainilla, a cacao o a tabaco de Vuelta Abajo. La primera, de la rúbrica de Hidalgo de Caviedes, el excelente pintor español, hoy afinado en la isla de Cuba, representa la espera en el puerto peninsular, con los polisiones y el chaquet felices del "fin-de-siglo". La última reproduce un grabado de Santander y su puerto, por el siglo XIX. A lo largo del malecón se perfila lo que es hoy paseo de Pereda; en Puerto Chico descansan tres barcos pesqueros, y en la bahía, entre los veleros de tres palos que apuntan con su proa hacia la cantábrica salida—, divisamos el primer barco de vapor, con el aspa gigante en el costado... Es el barco que ayer llegó de La Habana. El que trajo al indiano de Potes, don Marcelino, y al coronel de la reina y sus hijas, con un loro verde y una criada mulata.

E U G E N I O M E D I A N O

LA MUY NOBLE SIEMPRE LEAL Y DECIDIDA



CIUDAD DE SANTANDER